

actos capitales de vida. Cuando el sublime legislador se partió del Nilo y sus tierras, obedeció, más que á un sentimiento religioso, á un sentimiento nacional, si es permitido aplicar esta palabra concretamente á tiempos tan apartados de los nuestros y á pueblos tan diversos de nosotros. La venganza de las ofensas inferidas á sus compatriotas le impelió á la fuga y no afectó ninguno por las ofensas que su Dios recibía diariamente. Pero llegado á Madián encontró dos cosas: en el territorio aquel, por donde iban las caravanas de continuo, una mezcla de doctrinas dejadas por los peregrinos errantes como estela de sus almas, aprovechable para el cuerpo y para el sistema de sus proyectos, así religiosos como políticos, y en la casa del suegro encontró viva, como una brasa que se hubiera guardado bajo el rescoldo, aquella idea de Dios, con la que podía infundir un alma, y con el alma un pensamiento y una voluntad á su pueblo. El gran desierto le dió los conocimientos litúrgicos viejos con los cuales constituyó un culto nuevo, y la casa de Jetró le dió la idea de Dios, guardada desde los tiempos de Abraham en aquella familia, con la cual constituyó un pueblo nuevo. Imposible conocer la genealogía de las ideas de Moisés sin pararse á considerar su nacimiento en la raza hebrea, su educación en el palacio faraónico, sus cuarenta años en

la tierra de Madián, su enlace con la familia de Jetró, donde se guardaba en guisa de fuego sagrado el Dios de Abraham. Jetró y Séfora, pues, contribuyen con grandísima participación á forjar este grandioso espíritu, del cual ha brotado el organismo natural con que debía revestirse la idea de Jehovah en el tiempo, esa idea que ha dado un alma indudablemente á la moderna historia.

¿A qué raza perteneció Séfora? Para satisfacer á esta pregunta es necesario recordar la geografía de Madián, desierto extendido, como una especie de puente mágico, entre Asia y África, cercano á Egipto, cercano á Asiria, cercano á Caldea, encrucijada por donde los iranos discurrían para verse con los semitas y los semitas para verse con los iranos. Nada, pues, tan explicable y natural como que hubiera en Madián muchas familias de raza etiópica y de color nubio. La Etiopía, la Nubia, los desiertos líbicos, el gran Sahara circundan el Egipto y mezclan las levaduras de sus diversas razas con la vida egipcia. Estos etiopes, de color negro, de facciones correctas, de ojos profundísimos, de cabellera crespa, de vigorosos músculos, de altísimas estaturas, deben el sér á un ayuntamiento entre las razas semitas y las razas negras. Montañeses los etiopes ó abisinios, y montañeses del trópico, tenían toda la fuerza y todo el vigor propio de sus montañas, con todos los

ardores propios de su clima. Por consecuencia, ya estuvieran en su propia patria, ya se fijaran en otro cualquier punto, así á causa de su inteligencia como á causa de su vigor, ejercían, doquier se presentaban, un grande influjo. A pesar de su complexión, á pesar de su origen, á pesar de su proximidad á la raza negra, el abisinio ha rechazado siempre la idolatría con repugnancia invencible, y en los tiempos bíblicos ha guardado un culto especialísimo á Salomón, y en los tiempos modernos ha ejercido una especie de cristianismo africano. En Madián, los etíopes tuvieron gran poder, como puede verse por Jetró. Y este Jetró debió enlazarse también á su vez con mujeres negras, porque negra era su hija Séfora, la mujer de Moisés. Nada enorgullece tanto al hombre como la color de su piel, y de nada se precia como de la sangre que corre por sus venas. El blanco desprecia frecuentemente al negro y el negro se desquita de tal desprecio aborreciendo al blanco. Aunque varios antropólogos hayan combatido la unidad fisiológica de nuestra especie y pugnado por demostrar que surge la raza blanca en Europa naturalmente, la negra en África, la amarilla en Asia, la roja en América, nosotros hemos creído, desde nuestra infancia, en la unidad fisiológica y en la unidad espiritual del humano linaje. Pero no podemos, aun los más creyentes, in-

fundir en nuestros prójimos este gran sentimiento de la igualdad natural, congénito á nuestra complexión y á nuestro espíritu. Nosotros comprendemos, á pesar de haber consumido la vida predicando la unidad y la igualdad entre los hombres, todos esos sentimientos de repugnancia que unas razas experimentan respecto de otras razas. ¿No hemos de comprenderlo, después de mirar con tanto espacio y cuidado los viejos tiempos históricos? Existe, lo repito, un profundo menosprecio del blanco hacia el negro, y existe un inextinguible aborrecimiento del negro hacia el blanco. Hoy mismo sucede así en los Estados Unidos. Hoy mismo el anglosajón de América no quiere relaciones ningunas con el negro, á cuyo rescate y libertad ha ofrecido la patricia sangre de sus venas. Y si esto sucede todavía en nuestros tiempos de igualdad, entre razas superiores como las razas sajonas, dentro de gobiernos cristianos y demócratas, imaginaos lo que sucedería en las apartadísimas edades abrumadas por la rivalidad y por el odio entre las razas que tanta y tan ardiente sangre ha vertido sobre la tierra.

Etiópica llama el capítulo duodécimo de los Números, en su versículo primero, á la mujer de Moisés. ¿Era Séfora ú otra? Hay pareceres diversos. Yo me inclino á creer que la etiópica era Séfora misma.

Si era etiópica y correspondía con el tipo natural de su raza, debía ser de suyo gallardísima y hermosa. Aunque los labios aparecieran un tanto gruesos, la color un tanto negra, la cabellera un tanto ensortijada, debemos decir que sus profundísimos ojos y su excelente apostura dábanle una belleza espléndida, capaz de cautivar como cautivó al gran legislador israelita. El amor salta sobre muchas dificultades, ciega muchos abismos, nivela inmensas diferencias, confunde con sus caricias dos almas y junta en el mismo tálamo y á veces en el mismo sepulcro dos cuerpos de compleciones y de razas enemigas. Pero no le pidáis á otros afectos esos milagros del amor. El parentesco adventicio debía tener las mismas desafinidades en tiempo de los israelitas que guarda hoy entre nosotros. María debía querer á su cuñada Séfora poco más ó menos como se quieren hoy mismo entre sí los cuñados nuestros. Y cuando María, hebrea de sangre pura, perteneciente á la escogida familia de Leví, pulida por una educación sacerdotal y regia, resplandeciente con esa belleza ideal que dan las grandes inspiraciones interiores, comparara su color blanco, sus labios regulares y rojos, su cabello largo y sedoso y brillante, su apostura de verdadera estatua, no podría menos que verse afectada por un gran sentimiento de orgullo propio mezclado con cierta

repugnancia invencible á la mujer de color negro ingerida por su hermano en el seno de su levítica familia. El capítulo duodécimo de los Números nos describe con toda puntualidad este sentimiento del alma de María, y al describirlo, nos muestra una rivalidad entre blancos y negros, mejor dicho, una repugnancia invencible que dura y perdura desde aquellos apartados días hasta estos nuestros mismos tiempos. Quien haya visto algo del menosprecio contemporáneo hacia los negros, podrá forjarse idea de aquel antiguo menosprecio. En los tiempos viejos las razas se detestaban con grandes odios y vivían en perpetuas guerras. Una familia de pueblos no se constituía sino separándose y distinguiéndose de los pueblos vecinos. Por consecuencia, el odio general entre las razas, aun las del mismo color, aun las de un origen idéntico, debía exacerbarse cuando se trataba de razas que tenían colores opuestos y orígenes diversos. No cabía, pues, la hermandad, por Moisés deseada, entre Séfora y María. Esta miraba en la mujer de su hermano á una sierva más que á una pariente. Y, por consecuencia, sentía invencible menosprecio á ella, y por ella murmuraba de Moisés, que no había tenido empacho ninguno en mezclar sangre tan excelsa, tan diáfana, de origen tan alto, de caracteres tan sobresalientes, como la sangre propia de los levitas,

con esa inferior sangre de la oscura y maldecida Etiopía. Si en tiempos como los nuestros, contrarios de todo en todo á la esclavitud, se han hallado patricias cristianas y oradores verdaderamente religiosos para sostener en las costumbres y hasta en las conciencias como un estado natural, y justo y legítimo, el estado antihumanitario en que la servidumbre constituye al negro, imaginaos cuánto sucedería en edades antiguas donde la esclavitud resultaba como base imprescindible y natural del templo, del hogar, del gobierno, de todas las clases y de todas las condiciones sociales.

Pero Aarón y María no solamente se indignaban por la mestiza familia que á la tribu de Leví aportaba su excelso hijo Moisés; indignábanse también por la iniciativa que se atribuía en la grande obra de libertar y dirigir al pueblo escogido. El sacerdocio, personificado por Aarón, creía que la política se arrogaba una parte capital en aquellos grandes trabajos, desconociendo cuanto hiciera el sacerdote así para impelerlos como para conducirlos y coronarlos. El arte, que á su vez representaba María con tantos títulos y con tales derechos, creía también la política demasiado invasora en las esferas extrañas y demasiado despreciativa de cosas tan altas como la poesía y el cántico. Así es que la palabra del pontífice y la inspiración de aquella

extraordinaria sibila se unían y concordaban en el propósito firme de oponer un límite á la exagerada influencia de Moisés, obligándole por todos los medios, y por rebeldías si lo juzgaban conveniente, á reconocer las grandes facultades propias de otros ministerios y de otros oficios religiosos, como el ministerio de sumo sacerdote y el oficio de inspirada profetisa. Y aunque lo mismo Aarón que María, en ciertas circunstancias supremas, toleraron el retroceso de Israel hácia los ídolos egipcios, cohonestábanlo con el apartamiento de Moisés y con las muchas dificultades traídas por su jefatura y por su dirección al pueblo hebreo. Sobre todo, la mujer etiópica, llevada con tan poco acuerdo, según ellos, á la familia israelita, serviales para disminuir al hermano y reivindicar gran parte de la fuerza y autoridad vinculadas en su persona. Repítense aquí con espantoso y uniforme sincronismo los fenómenos históricos tantas veces descubiertos en otras crisis análogas á esta crisis, en otras revoluciones semejantes á esta revolución. Los coopartidarios de una misma causa, los coopartícipes de una misma responsabilidad, los correligionarios de un mismo culto, se levantan contra quien personifica sus ideas y representa sus intereses, no comprendiendo cómo, al herirle á él, se hieren á sí mismos. La familia de los profetas no cree nunca jamás, ó cree muy difí-

cilmente, de antiguo, en la misión sobrenatural y divina de aquéllos, á quienes ha visto bajo el yugo de todas las necesidades vulgarísimas y comunes al resto de la humanidad. El arte y la religión se figuran que la política les roba influencias propias y propios poderes. María se parece de suyo á los artistas del Renacimiento, que imaginaban cosa fácil vencer y superar al bien y la moral con la hermosura y la poesía tan sólo. Aarón anticipa por su parte, y en su persona, las grandes aspiraciones de los pontífices en la Edad Media, quienes desconocían el poder mismo, á cuya fuerza y autoridad estaban sometidos por haber aceptado la investidura pontificia, y no solamente la investidura pontificia, el poder temporal, de sus manos. Aquel antagonismo entre Calcas sacerdote y Agamenón rey se repite aquí ahora entre Aarón y Moisés, á pesar de inscritos ambos en la misma familia y de representar éste y presidir un Estado puramente democrático, tan diverso de los Estados monárquicos. Y sucede así porque ciertas competencias se hallan naturalmente contenidas en la naturaleza humana y en sus inevitables propensiones.

Pero atengámonos á la narración bíblica: «Y hablaron María y Aarón, dicen los Números, contra Moisés, á causa de la mujer etiópica que tomara. Y dijeron: «¿Solamente por boca de Moisés ha ha-

»blado Jehovah? No; también habló por nuestras »bocas.» Y como fuera Moisés varón manso más que cuantos hombres había sobre la tierra, no dijo cosa ninguna. Pero airóse Jehovah y les respondió que oyeran sus palabras. Y una vez atento el oído de María y Aarón, colocados á la puerta del Tabernáculo, les dijo Dios cómo con ellos y con los demás profetas sólo hablaba en sueños ó en visiones, mientras con Moisés faz á faz y boca á boca. Y después de haberles dicho esto, preguntóles cómo no tenían miedo ninguno de hablar contra varón de suyo excelso y justificado tan por extremo. Apenas estas voces de lo alto, y si queréis, estos remordimientos de la conciencia, se habían disipado y desvanecido, María se sintió enferma y de una terrible enfermedad. Cubrióla de piés á cabeza la lepra blanca, lepra verdaderamente asquerosa, y á la cual suelen llamar varios sabios lepra eléctrica, por creerse fácil de adquirir en las tempestades y en las tormentas frecuentísimas por los espacios orientales. Moisés vió á su hermana en aquel estado, y queriéndola como la quería, se apiadó mucho de su enfermedad y oró á Dios para que la sanase y prosperara sus días, acordando sus virtudes y poniendo en olvido sus faltas. Procedió con sus hermanos como había procedido en el terrible accidente de la recaída y retroceso hacia los cultos á los ídolos egip-

cios. Los perdonó. Y Aarón dijo á Moisés: «¡Ah! Señor, no pongas ahora sobre nosotros castigo, porque uno y otro hemos pecado. Mírala consumida la mitad de su carne.» Y Dios dispuso que se la echara del campamento hebreo por espacio de siete días en castigo á su culpa.» Y, en efecto, siete días estuvo la profetisa de Israel sin comunicarse con el pueblo, al cabo de los cuales volvió sana y cantando los divinos loores. Pero después de algún tiempo murió María, mucho antes que Moisés y mucho antes que Aarón. El capítulo vigésimo de los Números nos refiere la muerte suya en estos simples términos: «Y llegaron los hijos de Israel, toda la congregación, al desierto de Zin, en el mes primero, y asentó el pueblo en Cades, y allí murió María y fué allí sepultada.» Tal es la vida y la muerte de la mujer por nosotros denominada, según la etimología de su nombre, dulcísima Estrella del mar.

LA HIJA DE JEFTÉ

A la época de Abraham siguió la época de Jacob, á la época de Jacob la época de Moisés, á la época de Moisés la época de Josué, á la época de Josué la época de Jefté. Cada una de tales edades hállase distinguida completamente de la otra por una fase particular del espíritu israelita. Abraham va de Caldea en busca de Palestina, donde su Dios tendrá un santuario con el tiempo, mas va como nómada, sin emplear otras fuerzas que las necesarias para su peregrinación ó paso, y sin pararse más tiempo que aquel indispensable á tomar un poco de respiro en su perdurable viaje. Por Jacob el pueblo hebreo, gracias al hijo de Jacob, José, ya se fija, y establece y asienta, pero en tierra extraña, en los valles de Gessén y á la sombra de instituciones ajenas y extrañas también, á la sombra del imperio faraónico. Bajo Moisés, la tribu israelita pasa desde gran fa-